

I Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española

(Las Palmas de Gran Canaria, 1-10 de junio de 1979)

A la distancia de más de medio año, una nota sobre un congreso de escritores de lengua española, puede parecer anacrónica. Así sería si el cometido fuera hacer una crónica de los acontecimientos o un simple resumen de las ponencias. No es éste el sentido. La pretensión es más limitada. Se trata de ofrecer una reflexión crítica sobre algunos puntos de interés originados en los intercambios y desconciertos de las grandes figuras de la literatura española e hispanoamericana. Las noticias de cada día, las referencias a las sesiones, las anécdotas y ambiente han sido sobradamente relatados en los medios de comunicación del país. Esto nos dispensa de hacer una relación de los escritores presentes en el Congreso —así como de las grandes ausencias— y nos permite dar por supuesta la temática de las ponencias.

La razón de que se aluda a un Congreso de escritores en las páginas de esta revista no se debe a un planteamiento literario, sino más bien a una cuestión soterraña, pero básica, al problema del influjo recíproco entre escritor y sociedad. Nuestra presencia en el Congreso estuvo motivada por los estudios que se dedicaron, durante el curso 1979, en el Instituto Superior de Filosofía (Valladolid), al tema “Literatura y Sociedad en América Latina”. La Fundación Friedrich Ebert, que sufragó en su día el curso organizado por la Cátedra de Estudios Político-Sociales del citado Instituto, nos concedió la ayuda necesaria para poder acudir a Canarias y contrastar las ideas allí expresadas por los propios escritores con las emitidas y discutidas

en las lecciones impartidas en Valladolid. España y gran parte de la América de habla hispana se encontraban en las personas de los literatos para someter a crítica una labor clave en el marco de la cultura. Nadie sabía si el encuentro iba a ser polémico, cordial, explosivo o fructífero, pero todos esperaban mucho de él. No faltaron las decepciones en uno u otro momento, pero, al final, predominaría la sensación de que había valido la pena organizar un encuentro entre países que hablan el mismo idioma, idioma que el académico de la Lengua Dámaso Alonso se encargaría de defender como medio de unidad en la ponencia inauguradora del Congreso, aunque él no pudo asistir y hubo de leer la ponencia Antonio Tovar.

El quehacer del escritor en el presente momento histórico

El Congreso Internacional de Canarias comenzó con un gran equívoco que, a mi entender, por uno de esos raros golpes de suerte, resultó fundamental y positivo. La mayoría de los asistentes —acaso todos— pensábamos que se iban a entablar interesantes debates sobre literatura, que se iban a pronunciar bellas y graves palabras sobre crítica literaria, sobre la producción novelística y poética, sobre las grandes obras teatrales o ensayísticas, sobre las nuevas técnicas y experiencias literarias, sobre los problemas, en definitiva, y logros de la actual literatura en lengua española. No fue así. Al menos, no fue esto lo predominante, aunque tampoco se excluyó totalmente esta temática ni de las ponencias ni de los diálogos. Ya en la primera sesión se oyó esta frase, que estaría presente en todo el Congreso: ¿nos hemos reunido aquí para hablar de literatura o para hablar de política? Los que la pronunciaban tenían la sensación de haber sido engañados. Los que la motivaban no estaban dispuestos a dejar ninguna duda sobre tan peculiar y desconcertante interrogante. Efectivamente, la política y el análisis del quehacer del escritor en la sociedad dominaron, y en ocasiones ahogaron, los intereses “puramente” literarios. Quedó patente desde el principio que las discusiones en las diversas (y mal acondicionadas) aulas no estarían dirigidas por los principios de la crítica o historia literarias, sino por la ideología o situación personal, social y política de los diversos escritores. Lógicamente, esto daría pie a grandes acuerdos y a grandes divergen-

cias, no exentas estas últimas —en algunos casos— de matices violentos.

En definitiva, y a posteriori, el Congreso no tuvo como tema central la literatura en sí misma, sino el quehacer del escritor y de la obra escrita en el panorama sociopolítico, principalmente de América Latina. No fue un Congreso de literatura, sino un *Congreso de escritores*.

Como aval de esta afirmación, sintetizaré algunas de las conclusiones del Congreso. Cualquiera que las conozca se dará cuenta inmediatamente que las líneas fundamentales y más inquietantes están recogidas en la segunda y tercera, al menos desde el punto de vista ideológico, aunque de cara al futuro tenga no poco relieve la decisión de crear una revista que sirva de intercambio y comunicación a los escritores de más acá y más allá del océano, así como la posibilidad, bastante fundada, de un próximo Congreso en la capital venezolana.

Pues bien, la segunda conclusión es un tajante pronunciamiento contra la violación de los derechos humanos en España y América Latina. En varias ocasiones se había aludido a la situación de los proscritos (viejo término con que ya se calificó a los escritores rebeldes de la generación de Sarmiento, Montalvo y Echevarría en tiempos de la gran dictadura rosista en la Argentina), exiliados, encarcelados y muertos a causa de sus ideas y escritos. El Congreso condenó directamente y con la mayor energía la tortura física y psíquica, las detenciones y reclusiones por delito de opinión, los secuestros y desapariciones, los procesos sin las debidas garantías, así como las varias formas de presión, desde la económica hasta la bárbara quema de libros y la amenaza política.

No contentos con la declaración anterior, los congresistas señalaron la existencia de un tipo de violencia no tan visible como los indicados, la violencia de las estructuras sociales que, en favor de unos pocos, sepultan a muchos miles de ciudadanos —las mayorías— en las cuevas del hambre, en mundos sin democracia o en los laberintos de la indignidad humana. Y, como remate de esta conclusión, los escritores se comprometieron a dar curso a las denuncias recibidas contra hechos que violan los derechos humanos presentán-

dolas a las organizaciones internacionales competentes. Tal vez todo esto quede reducido a una simple expresión de buena voluntad sin mayores consecuencias prácticas, pero supone una decidida muestra de solidaridad con todos los movimientos latinoamericanos y mundiales que tratan de defender en nuestros días los derechos humanos. Los escritores reunidos en Canarias eran conscientes de que no se puede mantener uno al margen de este mundo convulsivo y dominado más por los grandes poderes que por un sentido humanitario de fraternidad.

La tercera conclusión del Congreso se expresó en términos similares, aunque el problema que se recoge en ella es mucho más concreto. Se refería (acaso haya que decir "se refiere", si es que tiene alguna vigencia más allá de la emoción vivida en pocos días de optimismo en las Islas Canarias) a la consideración y trato que reciben los escritores y científicos latinoamericanos residentes en España. Se pidió algo muy simple en sí mismo, pero sumamente complicado dada la situación económico-laboral que atraviesa España en este momento: no discriminación para los intelectuales de América Latina que residen en nuestro país, es decir, igualdad profesional y trabajo en las mismas condiciones que sus colegas españoles. No fue casual que, a iniciativa de la delegación mexicana —bien representada en el Congreso—, se propusiera un homenaje a Lázaro Cárdenas por la acogida que bajo su régimen se prestó a los exiliados españoles al terminar la república. Así se formuló la cuarta conclusión. Por cierto que esta propuesta fue acogida con un aplauso cerrado cuando se pronunció en el bello y cálido recinto de la Casa de Colón. El tema recogido en esta conclusión había sido presentado ya en una sesión pública por el sociólogo y escritor Carlos Rama y bien aceptado por todos los asistentes.

Predominio del escritor latinoamericano

Por lo que llevamos dicho, es fácil deducir que la voz más sonora y constante en el Congreso provenía del otro lado del mar. Efectivamente, en las sesiones más polémicas y movidas fueron los representantes de los diversos países latinoamericanos los que acapararon, o poco menos, el diálogo. Ya comenzaron con una notable ventaja. Las

expectativas del Congreso se centraban en las grandes figuras de Argentina, Colombia, Perú, México, Uruguay, etc. Entre los escritores españoles había más interés en ver y escuchar a Onetti, Rulfo, Paz, García Márquez... que a los propios compañeros de letras peninsulares e insulares. Incluso en una de las últimas ponencias el peruano Carlos Thorne señaló el predominio actual de la literatura americana sobre la española, no por afán de protagonismo, sino por lo que aquélla tiene de novedad y pujanza para renovar los viejos moldes de la literatura española.

Los escritores hispanoamericanos demostraron en todo momento un gran dominio del lenguaje, una notable facilidad dialéctica y una clara seguridad en sí mismos; a pesar de las manifestaciones de respeto hacia sus maestros —Díaz Plaja, Dámaso Alonso...— y hacia toda la tradición española, nunca se dejaron dominar por una sumisión o acatamiento frívolos. El escritor actual del Perú, Chile, Venezuela..., no es en modo alguno un acolegado, sino una persona consciente de que tiene un importante quehacer en la sociedad, un hombre convencido de que sus novelas, ensayos y poesías ocupan ya un puesto bien ganado en el marco de la literatura universal.

No obstante lo dicho, el predominio de América Latina en las discusiones del Congreso de Canarias obedece, a mi entender, a otro factor más profundo. Se podría definir como *la conciencia de un continente*. Estamos tan acostumbrados a situar a toda América Latina en el apartado de "tercer mundo", que parece trivial señalarlo. "Tercer mundo" en el Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española nunca fue sinónimo de "inferioridad". Este concepto estuvo preñado siempre de afanes contestatarios, subversivos y hasta revolucionarios. Algunos hablaban con miedo, confesando la dificultad que les iban a suponer sus palabras cuando regresaran a su país. Los escritores latinoamericanos no están dispuestos a aceptar la esclavitud, la falta de libertad y silencios impuestos, el hambre y las persecuciones que se padecen en tantas naciones de aquel continente. Libre y conscientemente quieren tomar parte, con su vida y su obra literaria, en la renovación o revolución que juzgan necesaria para el porvenir de sus respectivas repúblicas. Esta inquietud la llevaban en la entraña misma de su palabra airada, denostativa o intolerante. No era sólo la calidad de su lenguaje lo que les permitía dominar, e in-

cluso a veces monopolizar, el discurso. Se trataba de una necesidad histórica y vital, de un convencimiento profundamente enraizado, la conciencia de que el quehacer actual no está en fáciles irenismos o en esperanzas pasivas, sino en una lucha abierta por reformar una sociedad en la que perviven como elementos normales dictaduras militares, caciquismos de conveniencias, dominios económicos explotadores.

En ningún momento escuché una palabra de menosprecio para lo que la literatura tiene de arte, pero sí constaté repetidas veces que el escritor latinoamericano busca conciliar vida, arte y porvenir. En más de una ocasión se definieron los escritores (podría servir como muestra la interesante ponencia de Ariel Dorfman: *Problemas para la liberación del lector en América Latina*) como servidores del pueblo contra todos aquellos que quieran explotarlo, manipularlo o tenerlo silenciado en las mazmorras de la resignación y la ignorancia. Nada tiene, pues, de extraño que, desde la angustia y preocupación por la realidad y el destino de sus propios países, los escritores de América Latina dejaran escapar a borbotones su ordenado discurso como una espada desenvainada en defensa de la libertad de los pueblos del continente descubierto por Colón. Las sociedades española e hispanoamericana, pese a la formidable unidad que les presta el común idioma, pasan por coordenadas distintas. Hay grandes diferencias estructurales. Y, aunque la democracia española no pueda ponerse como modélica, sí resulta envidiable vista desde las opresiones vigentes en muchas repúblicas de América Latina. Incluso los escritores venezolanos reconocieron que su literatura era menos comprometida que la peruana o chilena, debido a la mayor democratización de su sociedad.

El lenguaje era el mismo, pero las realidades fijaron las diferencias. Como en tantas ocasiones, dominó aquella palabra que tenía problemas más graves que desvelar.

La bomba de Cuba

Desde el comienzo del Congreso, Cuba se colocó en la oposición. Empezó negando su asistencia y terminó manifestando su insolidaridad con las conclusiones del Congreso. Pero no fue esto lo más des-

tacado. La nota relevante estuvo en el hecho de que Cuba estuviera presente aun sin ninguna delegación. En la mañana del 5 de junio se produjo, a mi entender, el acontecimiento cumbre del Congreso. A pesar de tratarse de una simple discusión literario-ideológica, debe tratarse de *acontecimiento*, por lo que supuso de decantación de compromisos y de enfrentamiento de posturas encontradas. La ponencia del cubano exiliado, Carlos Alberto Montaner, fue una auténtica bomba. Su exposición condenatoria del régimen castrista sonó y se tomó como una verdadera provocación. Condenar la revolución cubana ante quienes han llegado a la conclusión de que América Latina no tiene otra salida contra la opresión interna y extranjera que el espíritu y los hechos revolucionarios, era, cuando menos, cuestionar el sentido mismo del escritor de izquierdas. La violencia de los diálogos se convirtió rápidamente en noticia y los equipos técnicos de Televisión Española fueron avisados para que filmaran los hechos que se estaban desarrollando en el aula B del Hotel-Residencia Santa Brígida. Pero esto es lo anecdótico, aunque se hiciera pública la amenaza de un grupo de escritores de retirarse del Congreso, incluso poniendo el carnet sobre la mesa presidencial, amenaza que, por otra parte, se solucionó en seguida con el noble gesto de retirar lo dicho y pedir excusas. Para completar la anécdota, recojo las palabras con que los técnicos de televisión fueron advertidos de que tenían un trabajo interesante que realizar. El aviso fue contundente: "Vámonos a la sala B, que hay tomate". Todo el mundo entendió, aunque la frase no se acomodara bien al lenguaje pulido y exacto de los especialistas en el buen decir de la lengua española.

El nudo del problema planteado por Montaner se puede centrar en esto: ¿La condena de la revolución cubana, es la condena de un modelo o el rechazo de todo tipo de revolución? Muchos interpretaron la agresión al régimen castrista como una defensa velada de los regímenes dictatoriales encabezados por Somoza, Videla o Pinochet. En el trasfondo de la discusión se dejaba ver la opción o el rechazo por el marxismo revolucionario.

Cuba quedó en el Congreso como bandera de discusión y como inevitable cuestionamiento del porvenir de otros pueblos de Centro y Suramérica. La mayoría de las opiniones se inclinaron por el modelo castrista, aunque el tema base no era "Castro sí, Castro no", sino

la búsqueda de un modo válido para la revolución de los pueblos de América Latina. La pasión de las palabras, que llegó hasta el insulto, impidió tratar con serenidad el grave tema de la revolución latinoamericana y del papel del escritor en la contienda.

Un excesivo temor, un falso irenismo, o acaso un sentido profundo de la conciliación (¿quién puede decir con exactitud el criterio que movió la mente de los organizadores del Congreso?) impidió que se realizara una mesa redonda, un diálogo amplio, una discusión bien meditada entre todos los asistentes al Congreso. Se prometió tratar el problema con seriedad y detenimiento al día siguiente, pero lo cierto es que todo quedó en promesas y esperanzas. El hecho puede tomarse como sintomático sin peligro de malinterpretarlo. El silencio impuesto no anula la gravedad de ese tremendo problema que viven los escritores de Perú, Nicaragua, Argentina, Chile, Uruguay..., y que comenzó hace siglos, cuando el continente americano decidió buscar y defender su identidad contra toda dictadura y agresión, aunque la decisión y manifiestos independentistas nunca se realizaran del modo adecuado.

Como la literatura de la generación de los "proscritos" o de los más recientes —Miguel Angel Asturias, César Vallejo o José María Arguedas—, la literatura del escritor latinoamericano actual es difícil de comprender en profundidad si no se tienen presentes, o si se juzgan con excesiva prisa y hasta superficialidad, las condiciones sociopolíticas de los distintos países de América que siguen expresándose en la lengua de Cervantes. Sólo desde la perspectiva que se nos ofrece a partir del propio ambiente puede comprenderse la simplicidad y el encanto, rayanos en la ingenuidad, de Jorge Edwards, que parece estar haciendo "ficción", que parece novelar en el sentido más puro cuando describe las peripecias —tan surrealistas como reales— que él mismo hubo de seguir para deshacer un error policial que había llevado a su propio hijo a la cárcel. Desde la pura observación, uno tiene que agradecer a Montaner el haber despertado las iras de un público inconformista, porque así es como de verdad se traducen las posturas que uno encuentra en tantas obras del "boom" latinoamericano o en los jóvenes escritores de la actualidad.

Las discrepancias ideológicas en torno a los fenómenos y soluciones sociopolíticas no fueron obstáculos para que unos y otros pidie-

ran la libertad, excarcelación o permiso de salida del país para los escritores o intelectuales que se ven perseguidos o presos o desaparecidos. En concreto se decidió interceder por Heberto Padilla, Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, cubano y argentinos respectivamente.

* * *

No quiero terminar esta breve reflexión sin aludir, aunque sólo sea esquemáticamente, a otro problema que sacudió la paz del Congreso de Canarias. Se trata de la actitud que adoptaron los escritores canarios, o la mayoría de ellos, ante la celebración del congreso en Las Palmas de Gran Canaria. Casi todos se manifestaron en contra de su realización. Parece que la razón fundamental era de carácter socio-económico. No consideraban adecuado invertir el dinero que aportaban las Islas para el Congreso en algo que, en definitiva, iba a dejar muy poca huella en la población canaria, cuando hay otros problemas sociales más urgentes que atender. No cabe duda de que los escritores isleños hicieron un cierto boicot al Congreso Internacional de escritores de lengua española. Así se calificó al menos su ausencia de los recintos de Santa Brígida y de la Casa de Colón. Pero el problema no tuvo graves repercusiones; sirvió, eso sí de malestar y cuestionamiento no sólo a los congresistas sino a toda la opinión pública. Para salir al paso de la situación se organizó una rueda de prensa con los responsables del Congreso. No faltaron explicaciones, pero ninguna llegó a convencer y la cuestión siguió presente hasta el último día.

* * *

El I Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española fue positivo, desde mi punto de vista. No faltaron las lamentaciones ni las quejas ni las acusaciones. Hay que reconocer que hubo motivos para ello, tanto desde el punto de vista de la organización como desde la orientación que se dió, o mejor dicho, que se dejó imprimir a los diálogos. No obstante, puede tomarse como un acontecimiento interesante y útil para las letras españolas y como una ocasión bastante bien aprovechada para la convivencia entre escritores de tan diferentes países. Podría servir de síntesis esta observación de Jorge Edwards a los periodistas que preguntaban por la marcha del Congreso: "Los escritores no somos especialistas en organización y den-

tro de un margen tolerable de desorganización propia de un congreso de escritores, creo que hasta ahora todo ha marchado bien". Si la desorganización fue patente, también lo fue el que se hablara poco de literatura. No obstante, a la hora de desear mejor suerte al próximo Congreso de Caracas, no comparto el deseo de los que piden que se hable de literatura y no de política. Si ha de seguir siendo un *congreso de escritores* y no un simposium de literatura, no veo por qué razón se ha de cercenar de la exposición y de las discusiones un aspecto tan primordial al escritor y a la literatura como es la dimensión política y social en general. El escritor seguirá influyendo en la sociedad con sus obras en múltiples sentidos y nadie podrá disputarle ni a él ni a la literatura el título conquistado a lo largo de milenios de esfuerzo de ser reflejo de la vida del hombre en todas sus dimensiones.

VALENTIN TASCÓN